

Respuesta de la destacada historiadora Mildred de la Torre Molina al artículo titulado *El autonomismo: más que un debate*, del profesor Alexis Pestano Fernández, que aparece en la sección *Tema Polémico* correspondiente al número 1-2009 y que fue publicado en el Suplemento Digital No. 61.

La Habana, 3 de abril de 2009

Estimado Alexis Pestano Fernández:

Leí detenidamente su artículo titulado "El autonomismo: más que un debate", publicado en el Suplemento Digital No. 61 de la Revista *Espacio Laical* del pasado mes de marzo. Debo felicitarlo por su estilo respetuoso en el tratamiento del tema y por su forma peculiar de enfrentar a los que discrepamos de algunos aspectos abordados. Es sumamente saludable el debate franco, desprejuiciado y carente de propósitos alejados del interés por divulgar las grandes e insuficientemente conocidas verdades de la historia. Discrepar con plena convicción de lo defendido o criticado constituye el mejor ejercicio de la indagación científica. Debatir permite ejercitar los pensamientos capaces de dilucidar las incógnitas del pasado, del presente y del futuro y, sobre todo, posibilita abrir los caminos del entendimiento entre todos los que queremos lo mejor para este país. Confrontar ideas disímiles facilita la apertura de visiones y la formación de mejores sentimientos patrióticos. Discrepar no significa atacar al exponente de ideas contrarias a la nuestra ni implica posición alguna de carácter defensivo. Es pensar mejor y mucho más de lo que normalmente se hace. Usted, a través de su artículo, hace gala de esto último y respeto toda idea bien defendida.

El autonomismo aparece y desaparece, según los tiempos y las circunstancias, en el contexto del debate historiográfico. Durante la república neocolonial --defiendo tal denominación-- fue abordado como corriente del pensamiento evolucionista. Aquel que criticaba el orden existente para crear conciencia de la necesidad del cambio sin acudir a la *violencia revolucionaria* --me refiero al autonomismo de la segunda mitad del XIX-- utilizaba como basamento teórico la Carta de Canadá y la hispanidad moderna. Los historiadores de entonces exaltaron las figuras de Rafael Montoro, Eliseo Giberga, Rafael Fernández de Castro, José María Gálvez, José Antonio Cortina, Miguel Figueroa, entre otros, como grandes políticos y oradores y *sinceros pacifistas* al decir de Fernando Portuondo. Por sus grandes aportes a la filosofía y su larga trayectoria política, el más estudiado y renombrado ha sido el primero de los mencionados. Para la inmensa mayoría de los analistas de entonces, los autonomistas contribuyeron, con su verbo *patriótico y vehemente*, al desencadenamiento de la revolución de 1895. Fueron tan patriotas como José Martí, Antonio Maceo, Máximo Gómez y demás líderes revolucionarios.

Ningún conocedor actual de la historia nacional puede negar las contribuciones del autonomismo a la formación de un estado de opinión desfavorable a la perpetuidad del colonialismo español. Sus líderes y oradores pudieron libremente, por su adhesión a España y su oposición al movimiento revolucionario independentista, generar inquietudes sobre el necesario cambio político en Cuba. Fueron grandes y prestigiosos oradores, escritores y hombres de pensamiento. Fueron cubanos y fieles defensores de sus ideas. Pero es necesario establecer distinciones y hablar de disímiles posiciones frente a la realidad nacional. Como partido político jamás aceptó la independencia y abiertamente se pronunció contrario a la revolución y a sus líderes. Sus principales dirigentes intentaron denigrar a los patriotas que decidieron la suerte de sus vidas y del país en los campos de batalla. Se puede defender ideas sin menoscabar el prestigio de los opositores, nunca se debe mentir para impugnar a los contrarios. Éstos eran hombres de alta moral y de vergüenza nacional. No por gusto ellos quedaron en el imaginario de las generaciones venideras, en cambio no fue esa la suerte de los autonomistas.

Ciertamente hubo una izquierda evolucionista en el seno del partido digna de reconocimiento. Cortina, Varona, Figueroa y algunos más lucharon contra la esclavitud con vehemencia y sinceridad, por la justicia social, la democracia, la igualdad de derechos para todos los cubanos y creyeron en la venidera república independiente. Muchos antiguos mambises, después del 78, se sumaron a esos pensamientos y cerraron filas con el autonomismo como transición hacia la independencia, otros se escudaron en la legalidad del partido para conspirar contra el gobierno español. Pero ello no constituyó la generalidad del partido. Ésta se sumó al integrista para combatir la independencia. Ésta, a su vez, es parte inseparable de la nacionalidad cubana.

Desconocer que Céspedes llamó a todos los cubanos para luchar por la independencia nacional y que Martí aunó a varias generaciones por la misma causa es ignorar que los hechos son las palabras que convencen. El verbo autonomista estaba henchido de frases patrióticas, de otra forma no se le podía hablar a los cubanos, pero la actitud de los dirigentes partidistas fue la de rechazo total a la revolución. Se podía estar en contra de la lucha armada pero nunca de sus principios morales y éticos. A la patria se le defendió con el mayor desinterés, la vida no se entrega si no hay convicciones y éstas no merecían el desprecio de ningún cubano.

Para enfrentar a la independencia se creó el Partido Liberal Autonomista. En Cuba, como experiencia histórica y realidad concreta, nacionalismo e independencia marchan indisolublemente unidos. No se inventó una revolución, ella nació de la imposibilidad y del fracaso de las llamadas ilusiones evolucionistas. Tampoco debe olvidarse que el supuesto nacionalismo autonomista segregó a los negros y mulatos, utilizó a los sectores obreros para sus campañas electorales sin defender sus derechos clasistas y, sobre todo, defendió la esclavitud y sólo al final la condenó. También debe recordarse que apoyó a Martínez Campos en sus campañas militares, celebró la muerte de Antonio Maceo y calificó de racistas a sus seguidores, a la vez que apoyaba incondicionalmente al Weyler de la reconcentración. Aún queda en la memoria histórica el proyecto autonomista del 98, cuando se decidía, en trágicas y difíciles circunstancias, el futuro de Cuba.

Espero que usted, Pestano, excelente historiador y defensor de sus propias convicciones, recuerde que la verdad es para rescatarla con el objetivo de preservar la memoria histórica. Gracias por su artículo. Todos debemos defender la polémica.

Lo saluda, Mildred de la Torre Molina.

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:

espaciolaical@arzhavana.co.cu

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org,
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS: [Equipo de redacción](#): José Ramón Pérez, Roberto Veiga y Lenier González. // [Diseño](#): Ballate-ManRoval